

Nos  
VEMOS  
en el  
MUSEO

ANNE YOUNGSON

*Traducción:*  
ÁLVARO ABELLA



MAEVA

Apreciados lectores y librereros:

Es maravilloso tener la ocasión de escribiros para hablaros de mi primera novela, *Nos vemos en el museo*.

Cuando se oye hablar de un escritor novel, probablemente uno no se imagina a una abuela jubilada con tres nietos. Aunque llevo toda la vida escribiendo en mis momentos de ocio, he tardado en llegar a la escritura como profesión. Tras estudiar Literatura Inglesa en la universidad, mi carrera laboral se desarrolló en la industria automovilística y no empecé a tomarme en serio la escritura hasta que me prejubilé. Tal vez parezca una trayectoria extraña, partir de la literatura y pasar por la producción industrial para terminar regresando a la literatura, pero tiene su lógica, al menos para mí. Tiene que ver con la curiosidad y la resolución de problemas. Me encantaba leer y aprender, y al mismo tiempo quería ser capaz de resolver cuestiones prácticas. Pero hasta que no entré en las calmadas aguas de la edad madura no comprendí que la escritura también es una forma de resolver problemas, porque ¿para qué escribimos si no es para buscar sentido a lo que vemos y experimentamos, para poner orden en las cosas y darles una forma coherente?

Cuando empecé a escribir *Nos vemos en el museo* no tenía planeado que todo el libro adoptara un estilo epistolar, pero descubrí que podía explorar lo que quería contar sobre mis personajes, sus vidas y sus pensamientos a través de la correspondencia que intercambiaban. Si hubiera optado por una narración más formal, habría marcado una distancia entre esas dos personas, y entre ellas y el lector. De modo que seguí así.

Si tenéis la ocasión de leerlo, espero que veáis algo de vosotros reflejado en la historia de esta esposa de granjero de Inglaterra y el director de un museo de Dinamarca. Sea como sea, muchas gracias por estar ahí y por la importante labor que lleváis a cabo.

Cordialmente,  
Anne Youngson

Algún día iré a Aarhus  
a ver su cabeza marrón como la turba,  
las suaves vainas de sus párpados,  
su puntiaguda gorra de cuero.

De *El hombre de Tollund*, Seamus Heaney

EXTRACTO DEL PRÓLOGO de *La gente de la ciénaga* de P. V. Glob (Marbot Ediciones, 2012): el profesor Glob responde a un grupo de alumnas que han contactado con él por los recientes descubrimientos arqueológicos. Su libro, *La gente de la ciénaga*, está dedicado a las estudiantes que se animaron a escribirle:

Queridas niñas:

Al regresar a casa desde los desiertos de los emiratos encontré sobre mi mesa vuestra carta, tan llena de entusiasmo. Me despertó el deseo de contaros a vosotras, y a muchas otras personas interesadas en nuestros antepasados, algo más sobre los apasionantes hallazgos de las turberas danesas. Por eso he escrito la «larga carta» que ocupa las páginas siguientes, para vosotras, para mi hija Elisabeth, que tiene vuestra misma edad, y para todos cuantos quieren saber sobre la Antigüedad algo más de lo que se puede leer en las descripciones y los tratados científicos que hay sobre este tema. Como no me sobra el tiempo, la carta ha tardado mucho tiempo en estar terminada. Pero aquí está. Vosotras sois ya mayores y quizá podréis comprender mejor lo que escribo sobre la gente de las turberas de hace dos mil años.

Con afecto,

P.V. Glob

13 de agosto de 1964

*Bury St Edmunds*

*22 de noviembre*

Estimado profesor Glob:

Aunque nunca nos hemos visto, usted me dedicó un libro una vez; a mí, a otras trece compañeras de estudios, y a su hija. Fue hace más de cincuenta años, cuando yo era joven. Ahora no lo soy. Últimamente le doy muchas vueltas a este asunto de no ser ya joven, y le escribo para ver si me puede ayudar a dar sentido a alguno de los pensamientos que se me ocurren. O quizá tengo la esperanza de que solo con ponerlos por escrito cobren sentido, porque no confío demasiado en que me responda. Que yo sepa, podría estar usted muerto.

Uno de esos pensamientos trata sobre los planes que nunca se llegaron a realizar. Ya sabe a qué me refiero: si sigue vivo, debe de ser usted un hombre muy mayor, y le habrá sucedido que algo que pensaba que pasaría cuando era joven, nunca llegó a producirse. Por ejemplo, podría haberse prometido practicar algún deporte, o dedicarse a un hobby, arte o manualidad. Y ahora se encuentra con que ya ha perdido la capacidad física o el aguante para ponerse a ello. Existirán razones para explicar por qué nunca lo intentó, pero ninguna es lo bastante buena. Ninguna es definitiva. No puede decir: tenía planeado apuntarme a clases de pintura al óleo, pero no pude porque resulta que soy alérgico a los componentes químicos de la pintura. Lo que pasa es que la vida avanza día a día y ese momento nunca llega. En mi caso, me prometí viajar a Dinamarca para visitar al hombre de Tollund. Y no lo he hecho. Sé, por el libro

que usted me dedicó, que solo se conserva su cabeza, no sus hermosas manos y pies. Pero el rostro es suficiente. Tengo esa cara, tal y como aparece en la cubierta de su libro, clavada en mi pared. La veo todos los días. Cada día tengo presente su serenidad, su dignidad, su gesto de sabiduría y resignación. Es como el rostro de mi abuela, a la que apreciaba mucho. Sigo viviendo en East Anglia, ¿a cuánto queda el Museo de Silkeborg? ¿Mil kilómetros en línea recta? Es como ir y volver de Edimburgo. Y yo he ido y he vuelto de Edimburgo.

Pero esta no es la cuestión, aunque resulte desconcertante. ¿Qué he hecho mal para no haber sido capaz de hacer el pequeño esfuerzo necesario, teniendo en cuenta que el rostro del hombre de Tollund ocupa un lugar tan central en mis pensamientos?

Hace frío en East Anglia, frío y viento, y me he tejido un pasamontañas para tener calentitos el cuello, las orejas y la cabeza cuando paseo al perro. Al pasar frente al espejo del recibidor antes de salir por la puerta, me veo de perfil y pienso en cuánto he terminado pareciéndome a mi abuela. Y, al parecerme a ella, mi rostro se ha convertido en la cara del hombre de Tollund. Los mismos pómulos marcados, la misma nariz afilada. Como si me hubieran conservado durante dos mil años y siguiera existiendo. ¿Cree usted que es posible que pertenezca, por algún retorcido vínculo, a la familia del hombre de Tollund? Entiéndame, no es que pretenda darme importancia. Debemos de ser muchos en la familia; miles. Veo a otra gente de mi edad, en autobuses, paseando a sus perros o esperando a que sus nietos elijan un helado de la furgoneta, que posee en sus rostros los mismos rasgos que el hombre de Tollund, la misma mezcla de serenidad, humanidad y dolor. Pero son muchos más los

que no poseen ninguna de esas cosas y cuyas caras son indiferentes, indefinidas, demacradas o necias.

La verdad es que quiero ser especial. Quiero dar importancia a la conexión que se produjo entre usted y yo en 1964, y que se remonta hasta un hombre enterrado en una ciénaga hace dos mil años. No estoy siendo muy congruente. Por favor, no se moleste en responder si considera que no merezco que malgaste su tiempo.

Atentamente,  
Sra. T. Hopgood

*Museo de Silkeborg  
Dinamarca  
10 de diciembre*

Estimada señora Hopgood:

Respondo a su carta dirigida al profesor Glob. El profesor Glob falleció en 1985. De seguir con vida, ahora tendría ciento cuatro años, lo cual no es imposible pero sí improbable.

Creo que en su carta plantea dos preguntas:

1. ¿Hay algún motivo por el que no debería visitar el museo?

2. ¿Existe la posibilidad de que esté remotamente emparentada con el hombre de Tollund?

En respuesta a la primera, le animo a hacer el esfuerzo, que no tiene por qué ser muy grande, de visitarnos. Hay vuelos regulares desde Stansted o, si lo prefiere, desde Heathrow o Gatwick, al aeropuerto de Aarhus, que es el más conveniente para llegar a Silkeborg. El museo abre todos los días de diez a cinco, excepto en invierno, cuando solo abre los fines de semana de doce a cuatro. Además del hombre de Tollund, aquí podrá ver a la mujer de Elling y una exposición que recoge todos los aspectos de las personas que vivieron en la Edad del Hierro; por ejemplo, en qué creían, cómo vivían, cómo extraían y trabajaban el mineral que da nombre a ese período. También debo corregir algo que decía en su carta. Aunque solo se conserva la cabeza del hombre de Tollund, el resto del cuerpo ha sido recreado. La figura que verá, si nos visita, tendrá el mismo aspecto que cuando lo sacaron de la ciénaga, incluyendo manos y pies.



En respuesta a su segunda pregunta, el Centro de Geo-genética de nuestro Museo de Historia Natural está actualmente intentando extraer ADN de los tejidos del hombre de Tollund, lo cual nos ayudaría a comprender sus vínculos genéticos con la población danesa de hoy en día. Habrá leído en el libro del profesor Glob que el dedo índice de la mano derecha del hombre de Tollund presenta un patrón cubital común al sesenta y ocho por ciento de la población danesa, lo cual nos hace confiar en que este estudio pueda encontrar esos vínculos. A través de los vikingos, que llegaron más tarde a Dinamarca, pero que se cruzaron con la población existente, es más que probable que haya ciertos genes compartidos con la población del Reino Unido. Por eso, diría que es bastante factible que exista una conexión de parentesco, por leve que sea, entre usted y el hombre de Tollund.

Confío en que esta información le resulte de utilidad, y quedo a la espera de conocerla si nos visita.

Saludos,  
El Conservador del Museo

Bury St Edmunds

6 de enero

A la atención del Conservador del Museo:

Ha sido generoso por su parte que haya contestado a mi carta dirigida al profesor Glob y que haya intentado dar respuesta a lo que usted interpretó como preguntas mías. Pero no lo eran. La razón por la que no les he visitado no tiene nada que ver con los problemas que supone viajar. Aunque ya he cumplido los sesenta, estoy bastante en forma. Podría ir mañana mismo. Pocas veces en mi vida he dejado de estarlo. Dejando a un lado los embarazos y una vez que me rompí una pierna, siempre he sido físicamente capaz de subirme a un avión, o incluso a un ferri, rumbo a Dinamarca.

Siendo este el caso, me veo obligada a considerar cuáles deben de ser los auténticos motivos, porque su respuesta a una pregunta no formulada me ha dado ganas de sincerarme conmigo misma. Por favor, tenga en cuenta que escribo para buscar un sentido a mi vida. No es necesario que se preocupe por nada de esto. No espero que me responda.

Mi mejor amiga en la facultad se llamaba Bella. Este no era su nombre de pila y no es el que aparece en la dedicatoria del profesor Glob: es un apodo, nacido de la capacidad que tenía para pronunciar palabras italianas. Se le daban fatal los idiomas a la hora de aprender a usarlos para comunicarse, pero sabía representarlos hermosamente. Su palabra preferida era *bellissima*. Era capaz de añadir una carga de sentido a cada sílaba, que variaba según el contexto, de

modo que la palabra parecía tener más significados cuando ella la pronunciaba que los que en realidad poseía. De hecho, todo lo que decía tenía más sentido, más intensidad, que cuando otra persona usaba esas mismas palabras.

Nos hicimos amigas desde el primer día que nos conocimos, que fue nuestro primer día de universidad. Ella era más vibrante que yo; aventurera, vivía el momento. Me aportó energía y confianza, y la quería por eso. Creo que lo que ella adoraba en mí era la estabilidad. Yo siempre estaba ahí, con una mano dispuesta a sostener la suya. Fuimos amigas toda nuestra vida. Toda su vida, porque yo sigo viva, como ya sabe, pero ella no. El tiempo pasaba mientras hablábamos del momento en que iríamos a visitar al hombre de Tollund. Como ve, siempre estábamos a punto de hacerlo, pero nunca lo hicimos. Para empezar, no queríamos malgastar ese sueño sin disfrutar antes de la ilusión de tenerlo. También es posible que nos diera un poco de miedo que no fuera lo que nos esperábamos. Teníamos la ilusión de que se tratara de una de esas experiencias que te marcan en cierto modo. No sabíamos decir cómo, y existía el riesgo de que no fuera así. Nuestras amigas de la facultad habían ido en tropel nada más publicarse la traducción de *La gente de la ciénaga*, si no antes. Todas habían vuelto con una sensación aún más fuerte de estar unidas al hombre de Tollund, al profesor Glob y a todo lo danés. A Bella y a mí nos parecían superficiales y poco merecedoras de ello, y considerábamos que la experiencia que habían tenido había sido trivial en comparación con la que íbamos a vivir nosotras. Algún día.

Entonces, antes de que llegara el momento adecuado para el viaje, las dos cometimos el error de casarnos demasiado jóvenes. Yo lo hice con el padre del hijo que llevaba en

mi vientre, y acabé encenagada, casi literalmente, en la vida de esposa de un agricultor. He tenido bastantes ocasiones para reflexionar sobre los siglos que pasó el hombre de Tollund en la turba, mientras seguía las vetas de cieno de diferentes colores por la pendiente de una acequia y me preguntaba cuál de ellas elegiría como colchón y edredón para un largo sueño. He pasado mi vida enterrada. El error de Bella fue bastante diferente. Se casó con un italiano. A veces pienso que si no le hubiéramos puesto aquel apodo, no se habría casado con él. Era un hombre ladino y manipulador. Después de pasar un rato con él, me quedaba la sensación de haber estado comiendo pasteles de nata y patinando sobre hielo al mismo tiempo. Aquel hombre apabullaba a Bella. La fue desgastando, y cuando estuvo casi transparente y vacía, el hombre se marchó a Italia con su niña, con la hija de Bella. ¿Verdad que no parece imposible que una mujer pueda recuperar a una hija que se ha ido a Milán? Pues lo fue. Había mucha gente implicada, tirando en distintas direcciones, todos resueltos a ganar, de un modo u otro. Cada una de esas partes (la Iglesia católica, los tribunales, los servicios sociales) estaba convencida de que su opinión era la correcta. Yo nunca he estado tan segura de nada en mi vida. Tras una década, la facción italiana consiguió la victoria final y Bella también se marchó a vivir a Italia para estar cerca de su hija.

En la década anterior a su partida, en los momentos más oscuros, alguna de las dos sugería que nos fuéramos a Dinamarca, y la otra lo vetaba. Yo decía: «Si viéramos el rostro del hombre de Tollund, nos prestaría un poco de su paz». Y ella respondía: «El propósito del hombre de Tollund es el largo plazo. Ver pasar los siglos. Yo no puedo aceptar el largo plazo».

O ella decía: «Ya no lo soporto más. Vámonos a Dinamarca. Nos sentiremos como cuando éramos jóvenes, llenas de esperanza». Y yo respondía: «Ya no somos jóvenes, aunque lo seamos, y tenemos que zanjar este asunto antes de empezar a pensar en tiempos mejores».

Cuando todo terminó, yo me quedé en casa con el ganado, las cosechas y mis hijos. Nos veíamos, claro, viajábamos aquí o allá, pero las preocupaciones de la mediana edad nos volvieron seres corrientes. Pensábamos, nos preocupábamos y hablábamos de todas las cosas que parecen importantes cuando el tiempo que una tiene por delante y por detrás está más o menos en equilibrio: el dinero, la salud, el aspecto físico, las parejas, los niños. En esa época casi no mencionábamos al hombre de Tollund, aunque creo que las dos comprendíamos que seguíamos esperando visitarlo, y que ambas sabríamos cuándo había llegado el momento adecuado.

Después de su regreso de Italia, Bella enfermó. Entraba y salía del hospital, siguiendo este y aquel tratamiento, y siempre, siempre, hablando de cuando se pusiera mejor. Esta vez lo planeamos. Buscamos las formas de viajar, calculamos los costes, diseñamos un itinerario. Era como si estuviésemos a punto de completar un círculo, llegando hasta el hombre de Tollund al final de nuestras vidas, igual que habíamos hecho al principio. Alargando el brazo para coger una mano preservada del pasado, confiando en formar parte de una cadena que en cierto sentido nos conservaría para el futuro.

Pero Bella murió antes de que pudiéramos llegar a ustedes. No sé si podré hacer el viaje sin ella. Nunca planeé hacerlo así.

Atentamente,  
Tina Hopgood

*Silkeborg*  
*20 de enero*

Estimada señora Hopgood:

Gracias por su carta, y por supuesto soy consciente de que mis respuestas no eran las que usted estaba buscando. Yo me dedico a los hechos. Recopilo y catalogo datos y artefactos de los cuales se deducen los hechos sobre la vida y la época del hombre de la Edad del Hierro. Mi mayor placer en el trabajo que hago consiste en especular sobre los hechos que no conocemos, porque el tiempo ha erosionado toda evidencia. Pero este no es, estrictamente, mi trabajo.

Estoy seguro de que me perdonará si le señalo aquellas partes de su carta que no concuerdan en general con los hechos tal y como los conocemos. En primer lugar, ha hablado de elegir estratos en las capas del suelo de Suffolk (usa una metáfora sorprendente para describir esto que a mí nunca se me hubiera ocurrido) como lugar para su descanso final, igual que la tumba del hombre de Tollund. Me he informado sobre la composición del suelo en su zona de East Anglia y he descubierto que es principalmente arcilla calcárea del último período de glaciación, con algunos depósitos arenosos más ligeros asociados a los valles de los ríos. Aunque en su país hay turberas, no creo que haya ninguna cerca de donde usted vive. El hombre de Tollund fue encontrado entre dos capas de turba y creo que a usted, para su sueño final, le costaría dar con un lecho así en las tierras de su esposo.

Existieron, por supuesto, asentamientos de la Edad del Hierro en su área de Inglaterra. Podría disfrutar de una

visita a Warham Camp, una excavación bien conservada, o a Grimes Graves.

No querría ofenderla, pues veo que la muerte de su amiga ha sido difícil para usted, pero necesito corregir la idea que se ha hecho de que el hombre de Tollund «eligió» el lugar en el que su cuerpo fue abandonado y, finalmente, encontrado. La práctica habitual en aquella época, en la temprana Edad del Hierro, alrededor del año 600-300 a. C., era la incineración de los cadáveres. Esta se realizaba mediante algún tipo de ceremonia y podemos suponer que era concebida como una forma de honrar al muerto y de asegurar un paso seguro al otro mundo. Una vez incinerado el cadáver, se recogían los huesos de entre las cenizas y se depositaban en urnas, o se envolvían en telas y eran enterrados, en ocasiones con una pequeña pieza de metal, un broche o un adorno. Son estos restos, en los túmulos funerarios, los que nos permiten hablar con certeza del modo en que se trataba la muerte.

El hombre de Tollund no falleció de muerte natural y, por lo que sabemos, no fue incinerado. Fue enterrado en un lugar muy alejado de cualquier asentamiento, en medio de una zona que poco tiempo antes había sido explotada para conseguir fuel, algo que, podemos estar seguros, era muypreciado por la gente entre la que vivió. Las temperaturas medias eran entre dos y tres grados inferiores a las actuales, y Dinamarca, incluso ahora, puede alcanzar en muchas noches de invierno los -10 °C. El fuel también era necesario para cocinar los granos de vegetal y hacer gachas; sabemos que esta era la dieta en aquella época por los contenidos de los estómagos de los cuerpos encontrados en las ciénagas y por otras evidencias. Los hombres de entonces temían las ciénagas. Eran lugares misteriosos; ni tierra, ni agua, sino

algo intermedio. El hombre de Tollund no podría considerar aquel lugar como un sitio tranquilo en el que tumbarse para su descanso final. Todo esto es muy soso y aburrido, estoy seguro, y desearía tener la capacidad para llegar ya, con más elegancia, a la cuestión que quiero dejar clara: el hombre de Tollund, en mi opinión, fue un sacrificio destinado a honrar el poder que ofrecía la turba.

Bien, pasemos ahora al asunto de su visita largo tiempo pospuesta. Ha mencionado a su esposo e hijos. Si no desea hacer el viaje sola, ¿no podría venir con algún miembro de su familia? Yo también tengo hijos y suelen acompañarme a hacer cosas que yo no haría solo. Mi esposa, por desgracia, ya no está entre nosotros. Me complacen, creo que es la expresión en inglés. Será un placer para mí enseñarle el museo, si encuentra un modo de hacer el viaje.

Saludos,  
Anders Larsen, Conservador